

Editorial

Ecosistema: Un trabajo integrado entre científicos para el conocimiento y desarrollo del Desierto de Atacama

A lo largo de la historia se han utilizado diversas metodologías para analizar las culturas. Por mucho tiempo el estudio de las culturas se basó en una mínima selección de las manifestaciones culturales del hombre. Lo que poseía significado era lo que más atraía al ojo desde el punto de vista artístico y lo que era más singular, es decir lo que reflejaba algo que no se encontraba en otros lugares. Este fue bien llamado por Gordon Childe, en *Discovering the past*, “*objet d’art*”. En los estudios históricos, de igual modo, lo que importaba eran los acontecimientos de los grandes personajes: reyes, primeros ministros y presidentes. El estudio etnográfico, asimismo, se restringía a una descripción de lo exótico. Se daba también importancia a la antigüedad, lo que era más antiguo tenía mayor valor.

Sin embargo, se aprecia cada día más que el estudio de culturas diversas no puede estar restringido a factores simplemente cronológicos, artísticos o descriptivos. Estos, por supuesto, tienen valor pero no constituyen el todo y la causa última del estudio de las culturas. De ahí que un grupo de estudiosos comienza un enfoque diverso en su finalidad. Distinguir entre el estudio Histórico Cultural (la escuela de Viena) y el estudio Histórico Procesual. Esta diferencia se nota bien en *Theories and methods in American archaeology* (Willey 1953). Al mismo tiempo en Europa gente como Gordon Childe en la arqueología y Toynbee en la historia, comienza a ver que el estudio del pasado tiene significado para explicar el presente, e inclusive, delinear el futuro. Otros investigadores, como Julian Huxley, biólogo y filósofo, y Teilhard de Chardin, geólogo, teólogo y filósofo, consideran que el pasado geológico, biológico e histórico tiene relación con la filosofía y teología, y sostienen que el sentido del estudio de las ciencias exactas es delinear un proceso (evolución) para entender el hombre de hoy día y llevarnos a entender el futuro. En este aspecto, entonces, el estudio del pasado adquiere un significado filosófico y teológico, además del valor económico y material que se le asigna en el siglo XX.

Chile al comienzo de esta centuria estuvo, al igual que Francia e Inglaterra, al corriente de lo que significa la arqueología y el estudio de las culturas. Las introducciones y primeros capítulos de J. T. Medina *Los aborígenes de Chile* (1885) y R. Latcham *Prehistoria de Chile* (1928 y 1938), indican claramente la corriente filosófica de su época. Para ellos la prehistoria y la etnografía no fueron una mera descripción de hechos y artefactos. Por supuesto, dichos escritos son típicos de sus épocas y su valor interpretativo ha sido modificado debido a que, tanto la teoría histórica como la etnográfica han avanzado con el tiempo. Lo que permanece, no obstante, es el hecho de concebir la historia como un proceso. Los escritos de Latcham y Medina son básicamente importantes porque señalan que bajo la descripción

cultural del hombre hay un problema filosófico: el del desarrollo cultural humano desde sus orígenes. Este tema lo retoma Le Paige (1963) en su introducción al Congreso Internacional de Arqueología en San Pedro de Atacama: “La continuidad o discontinuidad”, que deriva de un trabajo anterior (1957/58). Le Paige trató de hacer algo realmente nuevo. Mientras analiza el pasado no se encierra en él, ya que éste se continúa en su vida diaria dentro de la misma cultura que estudia. Es decir, conecta la contribución del pasado con el presente y, no cabe duda, también da forma al futuro, especialmente con su trabajo con los jóvenes y niños de San Pedro de Atacama. La escena en la oficina de Le Paige lo muestra completamente absorbido en el dibujo de una pieza lítica, mientras al mismo tiempo conversa con un niño de cuatro años; ambas cosas las realiza con igual intensidad.

Los problemas sociales y económicos especialmente en las Américas, Africa y Asia están íntimamente ligados a la historia. El fenómeno de la continuidad histórica surgió ya en el siglo XIX; sus grandes exponentes fueron: Morgan en Estados Unidos, Radcliff Brown en Inglaterra, y Marx en Rusia. En cambio, el estudio de la organización política, social y económica del pasado ha sido un tema nuevo que, surgido a comienzos de este siglo, alcanza su mayor desarrollo en las décadas de 1940 y 1950. Ambos temas, sin embargo, se encuentran ausentes en el análisis etnográfico y arqueológico de los atacameños.

En los últimos 20 años se ha apreciado la necesidad de ligar al estudio de las culturas materiales el del medio ambiente. El hecho de estudiar una cultura dentro de su medio ambiente no implica un sistema de clasificación cultural, como muchas veces se deduce de la lectura de libros y artículos sobre la prehistoria, ni mucho menos un determinismo geográfico. Para contrastar el estudio del medio ambiente y las culturas, en los últimos años se ha utilizado la palabra “ecología” en oposición a conceptos que podrían implicar un determinismo geográfico. Sin embargo, para evitar confusiones con problemas actuales como el de la polución o contaminación, la quema de bosques, etc., que aún son muy importantes para el desarrollo humano, se ha preferido usar el concepto de “ecosistema”. Esencialmente la ecología estudia las relaciones de causa y efecto en las acciones humanas en conjunción con el mundo biótico o abiótico. El ecosistema, entonces, no representa sólo la causa y efecto sino a todo el proceso de interacciones dentro de lo biótico y abiótico: animales, plantas, suelos, clima, hidrología y hombres, que conforman una unidad de flujos de energía.

Es bien sabido que el hombre posee la capacidad ideológica y tecnológica para transformar su entorno natural. Tal hecho le permite salir de un sistema determinado, prefijado en el mundo natural, fenómeno que, sin embargo, lo puede conducir a un desastre en el aspecto ecológico. Lamentablemente sólo ahora la humanidad comienza a darse cuenta de las causas de las acciones humanas en determinadas regiones del mundo, y eso lo sabemos a través de la arqueología. El determinismo geográfico basa mucho de sus argumentos en la

convicción de que el hombre no tiene control sobre el clima y que debe adaptarse a todos los cambios climáticos que ocurran. Hoy día sabemos que el género humano, debido en gran parte a sus sistemas político-social y cultural, es un agente que puede provocar graves alteraciones en el sistema de cambios geográficos mundiales.

Tal afirmación es comprobada por la historia y la arqueología. Las zonas áridas del desierto son regiones que sobresalen como indicadores de cambios climáticos y culturales. Problemas como el hambre o la guerra, que tanto mueven los sentimientos del hombre, no son producidos por simples cambios geográficos sino que por cambios políticos y sociales. Aun muchos insisten en el factor del aumento demográfico, porque es muy patente y fácil de atribuirle poder causativo de daños a la humanidad, sin embargo, tras él se esconde un problema de ética o filosofía. El problema se basa más en un principio filosófico contradictorio, ya que algunas veces la filosofía se queda en el principio o en la enunciación y deja aparte la realidad científica. Los factores históricos y sociales que conforman la causa del desequilibrio dentro del mundo natural no coinciden, en la realidad, con el mundo geográfico biótico y abiótico; de ahí que el fenómeno no sea simplemente demográfico, ya que la distribución demográfica debe ajustarse dentro de un sistema político, social, cultural y económico. El estudio de estos temas ha sido siempre, de una forma u otra, la preocupación del hombre; sin embargo, cada fenómeno siempre ha sido tratado aparte y jamás han sido integrados y explicados en conjunto. El análisis ecosistémico trata, precisamente, de estudiar el cosmos en todos sus aspectos y las interacciones entre cada elemento biótico y abiótico.

De acuerdo a lo expresado, para llegar realmente a interpretar lo que han sido las causas de los cambios culturales entre los atacameños requerimos muchos estudios de los sistemas biótico y abiótico de su ecosistema. Hasta ahora tenemos un número extraordinariamente grande de material arqueológico que ha sido tentativamente clasificado según criterios morfológicos y algunos intentos cronológicos. Lo que significa este material dentro del presente es todavía un tema para explorar. Su interpretación dentro de su contexto no satisface simplemente la sed intelectual del hombre, sino que ayuda, si se enfoca desde un punto de vista ecosistémico, a la planificación del desarrollo cultural y económico de la región misma.

Un estudio ecosistémico requiere del trabajo en equipo de varios especialistas en diversas áreas. Este número de *Estudios Atacameños*, como el precedente, indica que ya tenemos varios aspectos tratados en esta forma. Ahora el artículo de Myriam Tarragó ilustra el problema de clasificación del material arqueológico restringido sólo a la cerámica, que es el punto de partida para saber la base de lo que podríamos estudiar y, al mismo tiempo, un esfuerzo metodológico para aclarar la masa de datos. Mark Druss, interpreta el sistema en que se desenvolvían los cazadores entre 3000 y 1500 años AC. En general, a partir de un ambiente geológico, deseamos mostrar diversos artículos que manifiestan distintas formas de acciones humanas en el Desierto de Atacama.

El trabajo científico coordinado con validez para todas las ciencias exactas y filosóficas no ve más el desierto como problema sino como un producto económico para la nación. Bueno, nadie discute esto desde el punto de vista económico de las minas. Sin embargo, el gasto en mantener las minas funcionando podría ser más reducido si aprovechamos otros aspectos del desierto. En tal sentido es importante el desarrollo del pastoralismo y de la agricultura. Según Bibar (1558), Atacama la Grande tenía productos agrícolas, en cantidad suficiente como para abastecer su población y también la de otros pueblos. Por lo tanto, el desarrollo de los oasis es sumamente importante en la economía del Norte Grande como región. El desarrollo económico implica también un desarrollo social y cultural. La falta de respeto a las tradiciones culturales de la gente de los oasis lleva consigo la desintegración de su población y mucho más de los pastores. El artículo de Roberto Hernández: "Chiu Chiu desintegración de la comunidad tradicional" (*Antropología* 1, 1974) indica esto. En este sentido el trabajo de Le Paige y del Museo de San Pedro de Atacama muestra el respeto a los pueblos del interior del departamento del Loa. Le Paige cumplió 20 años en este trabajo el año pasado, y por lo tanto, merece la dedicatoria de esta revista, la cual es el resultado de su trabajo.

Le Paige ha sido quien señaló la riqueza material y espiritual de los atacameños; él indicó la complejidad del desierto y sus grandes perspectivas. Estas sólo se pueden entender si hay una coordinación de los trabajos que se efectúan actualmente en el Desierto de Atacama. Como hemos dicho, el desarrollo humano no es simplemente biótico sino también abiótico, por lo tanto, ninguna investigación puede realizarse aislando ambos fenómenos. Cualquier cosa que se haga en una materia tiene repercusiones sobre todas las demás, por eso cuando se hace una sin tomar en consideración las otras, se contrae la muerte misma del proyecto tomado en forma aislada.

George Serracino

Ithaca, N. Y., noviembre 19 de 1975.